



# “Indómito y genial Mailer”

---

**José Manuel Barrio Marco**

UNIVERSIDAD DE VALLADOLID

*You learn more from defeats than victories,  
I've decided. Victories are wonderful for the ego,  
but they generally create the next fuck up.*

Norman Mailer, Entrevista con Lee Michael, 2007

Norman Mailer (1923-2007) puede ser considerado en la perspectiva del tiempo como un dinamitero de los valores tradicionales norteamericanos. Novelista, escritor de relatos, guionista, ensayista, periodista, biógrafo, uno de los últimos dinosaurios en libertad de la prosa norteamericana de la segunda mitad del siglo XX que influyó sobremanera en la cultura y la contracultura singular de las décadas que transcurrieron entre 1970 y 1990, nos dejó huérfanos de su literatura polémica, mordaz, directa y antisistema el año pasado. Desde aquí, sin más pretensiones, queremos contribuir humilde y brevemente a resaltar algunos de sus rasgos de hombre y de escritor, porque los genios también son hombres y cuando se alejan del arte, equidistan de la perfección como cualquier otro de los comunes mortales, de ahí que su existencia literaria se viese salpicada de paradojas y contradicciones y su vida privada de sobresaltos y algún que otro escándalo. Este judío innovador y provocador nacido en Long Branch, New Jersey, y criado en Brooklyn en el seno de una familia judía de clase media baja, levantó su primera polémica pública con tan solo trece años durante el discurso de celebración de su “bar mitzvah” en 1936, alabando y manifestando su deseo vocacional e impetuoso de seguir la doctrina de Karl Marx, causando el consabido impacto entre familiares y amigos, por lo que su sentir polemista y provocador precede a su instinto de literato. No obstante, pronto sintió su vocación de escritor con tan solo dieciocho años, pero su afición al aeromodelismo y el dar gusto a sus padres le convertiría antes en ingeniero que en novelista. Norman se hizo escritor a golpe de lecturas, de intuiciones y de experiencias propias y ajenas, como otros tantos literatos norteamericanos de la vieja escuela desde Melville a Crane, pasando por Hemingway, y esos latidos de realismo que le hicieron vibrar como persona y reflexionar como artista, los supo traducir y encauzar con inmediatez y cobraron vida ficticia gracias a su talento de buen observador y mejor narrador. Su primera gran experiencia con el mundo de índole extraterritorial tiene lugar durante la Segunda Guerra Mundial y se relaciona con su “heroísmo culinario”. Fue soldado-cocinero llegando a ostentar el grado de sargento en Japón y Filipinas en el XII Regimiento de Caballería Acorazada de Texas. Fue allí donde tuvo lugar su única y breve contingencia bélica como militar, más de pose, que de acción –aunque tuvo la oportunidad de ver el número suficiente de muertos amontonados como para meditar al respecto. La oportunidad se le brindó en el Sur del Pacífico en 1945 concretamente en la isla de Iwojima– –Anopopei en la

novela—, donde sintió y percibió de primera mano los efectos de la Guerra y las consecuencias inhumanas del conflicto, y lo mismo que le sucedió al bisoño, inexperto e intuitivo Stephen Crane con su novela *The Red Badge of Courage* o al joven conductor de ambulancias Hemingway con *A Farewell to Arms*, le aconteció al oportunista y ambicioso Mailer, salvando obviamente las distancias estético-literarias, con su novela *The Naked and the Dead*. Aunque Mailer poseía más campo de visión artística y formación literaria que los anteriores, fagocitó igualmente vivencias propias e impropias al igual que el joven Melville en su particular archipiélago caníbal y como aquél se zambulló en el océano de la fama con su opera prima para sucumbir con posterioridad a éxitos y decepciones. La novela fue saludada por el *New York Times* como la mejor novela de guerra jamás escrita en ese país —aunque en mi opinión habría alguna más— y el afamado Sinclair Lewis asumía públicamente la valía del joven Mailer y le reconocía como el mejor escritor de su generación. *The Naked and the Dead*, obra maestra del naturalismo que describe los horrores de la guerra, constituye un crudo reportaje y una obra dramática al mismo tiempo que un fuerte alegato contundente contra la guerra protagonizado por un pelotón de soldados que conforman una multiculturalidad étnica y social en lucha constante por la supervivencia de unos hombres en crisis. Aparte de la influencia literaria de James T. Farrell y John Dos Passos, Mailer reconoció también la simbólica proveniente de la pluma de Herman Melville y de su *Moby Dick*. La lucha obsesiva y tenaz por capturar la ballena se convirtió en la lucha épica por tomar la montaña mítica de aquella isla en poder de las tropas japonesas. La hazaña del monte Suribachi quedó inmortalizada para la historia en blanco y negro por el fotógrafo Joe Rosenthal y la batalla de Iwojima fue sin duda de las más crudas y sangrientas de toda la contienda, por lo que el trasfondo escénico e histórico era de verdadero impacto. Pero la novela habla además de la crisis de los valores humanos y en ella se proyecta como no podía ser de otra manera la metafísica del bien y del mal. Mailer se convertía de la noche a la mañana en un escritor afamado y consagrado con tan solo veinticinco años, igual que Melville, y su precocidad literaria en el éxito le sumió pronto en un cierto vacío, en una necesidad de profundizar, de mejorar su esencia como hombre y madurar como artista y cayó en el existencialismo.

Mailer tenía un espíritu existencialista que le emparentaba con los naturalistas al estilo del socialista Jack London o de Theodor Dreiser, el hombre enfrentado a su destino y a todas esas fuerzas invisibles propias del materialismo social, implícitas en la propia naturaleza humana que subyugan, embelesan y dominan al hombre arrastrándole a la infelicidad, a la violencia o al nihilismo. Fue el caso también de algunos de los personajes de Frank Norris envueltos y dominados por la codicia, el sexo o la destrucción. Los de Mailer se dejan arrastrar además por sus propias fantasías destructivas. Cada hombre forma parte de un todo, pero eso no le exime de su lucha individual; parafraseando a Hemingway los hombres son como islas a la deriva arrastradas por la corriente y el ganador nada se lleva. Esta filosofía de vida y de arte comulga con Mailer en muchos aspectos, quien se resiste a ser arrastrado por la corriente de una sociedad que detesta, pero sin darse apenas cuenta fluye por ella y se comporta de forma contradictoria.

Norman fue también un narcisista pleno de paradojas con un ego tan grande como el del propio Walt Whitman —Woody Allen bromeo en cierta ocasión al respecto con su fina ironía, diciendo que Mailer había donado su ego a la ciencia, como un órgano único para la investigación médica—; en ocasiones actúa como un salva patrias mesiánico que mezcla ficción y profecía; más fanfarrón y mujeriego que Hemingway, bebedor como si hubiese estado en poder de un Nóbel al

hilo de Faulkner o el mismo Hemingway; en algún momento de su vida estuvo aliado a las drogas, pero sin llegar a ser Burroughs. Sintió las mismas ansias de huída hacia ninguna parte que Jack Kerouac como queda patente en su relato “The White Negro” (1957) que ostenta muchos paralelismo con la filosofía de *On the Road* (1957); comparte la repulsa hacia los *phonies* propia de Salinger, y fue impulsivo y en ocasiones negligente en la línea del disidente y rebelde William S. Burroughs que mató accidentalmente a su mujer de un tiro en la frente jugando a Guillermo Tell en México. Mailer no dudó un buen día en apuñalar a su segunda esposa sin riesgo de muerte con un cortaplumas tras una discusión acalorada durante una fiesta en 1960, circunstancia por la que fue arrestado. Si volvemos los ojos a su literatura baste recordar que Stephen Rojack, protagonista de *An American Dream* (1965) –novela sumida en un cierto radicalismo anarquista–, mata a su mujer y sodomiza a su criada, un claro ejemplo de sexo y violencia. Dicho así, pensaríamos en Mailer como alguien irreflexivo e impulsivo que no iba a llegar a viejo, pero como sucedió con Burroughs, Mailer murió de decrepitud y lleno de reconocimiento y polémica, y en cierta manera bien aceptado por un sistema que siempre intenta fagocitar a los díscolos de una u otra forma y más tarde o más temprano lo consigue a su manera.

Norman participó de una educación impecable y poseyó siempre una mente obstinada, artística y contradictoria a la vez. Su formación universitaria como ingeniero en Harvard, donde se graduó en 1943, le proporcionó una visión ecléctica del funcionamiento de los engranajes y mecanismos de un mundo aferrado a los cálculos exactos de las matemáticas, a las normas de la física, al control y al rigor e innovación propios del progreso y del desarrollo industrial, en su caso aeronáutico. El desconcertante Mailer pronto cambió la chispa de los motores por la de las letras y el queroseno de los aviones por el combustible literario de autores de la talla de Hemingway, Dos Passos o Steinbeck, que según reconoció él mismo con posterioridad fueron autores que cambiaron su trayectoria vital para siempre, pero que para él en 1945 estaban ya “barren and flat”. La deuda con Dos Passos se ve en *The Naked and the Dead* y en *Barbary Shore* (1951) reminiscencia esta última de *Manhattan Transfer* (1925) y que recibió críticas desastrosas.

La sociedad se mueve a impulsos absolutos de ingeniería y progreso, pero se forma, especula y sueña en la sinrazón escapista y onírica de la literatura y del arte. Así, el sueño de la razón produce monstruos y la realidad de la razón percibida en Harvard por Mailer generó a la postre en su mente una pesadilla social y estética concebida para desconcertar a cuantos tenía a su alrededor. En su también obra maestra, *The Armies of the Night* (1968), novela autobiográfica –donde la realidad se enmascara en la ficción– el protagonista no es otro que un Mailer que “vive y actúa como un ciudadano absurdo en el ‘país de la tecnología’ y como un poeta visionario que sueña sueños de luz tras las tinieblas”. Lo imaginamos como otro héroe solitario más, cabalgando por una sociedad maniquea inmersa en una esquizofrenia enfermiza, y lo sentimos capaz de desafiar las leyes sociales en favor de las naturales y vivir según los dictámenes de la conciencia; alguien al más puro estilo norteamericano, una especie de Natty Bumppo salvador del del siglo XX contra el mundo; alguien comprometido, combativo, controvertido, provocador, radical y díscolo muy similar en algunos aspectos a aquél otro ilustre y polémico rebelde graduado en la misma universidad de Harvard en el siglo XIX, llamado Henry David Thoreau, con el que compartía un espíritu antibelicista; el primero protestó contra la guerra entre EEUU y México, el segundo contra la del Vietnam marchando hacia el pentágono en 1967 del brazo de intelectuales de la talla de Marcus Raskin, Noam Chomsky, Robert Lowell, Sydney Lens y Dwight McDonald –según documento gráfico existente– y formando parte

activa de la nueva izquierda norteamericana de la época. Aspectos de aquella marcha histórica de un millón de ciudadanos discurrendo hacia el Pentágono en masa por las avenidas de Washington se recogen magistralmente en *The Armies of the Night*.

Pero Mailer fue mucho más allá de la pose de protesta e intentó entrar en política activa, algo no muy habitual en la dinámica de los literatos americanos de la época. Se presentó como candidato independiente a la alcaldía de Nueva York en 1969. Fue un intento imposible y en su programa electoral llevaba entre otras cosas la propuesta un tanto descabellada de secesión de la ciudad para convertirse en el estado número cincuenta y uno de la unión. Pese a su derrota, Mailer no cesó en la práctica del periodismo, el ensayo o la novela política, criticando con dureza todo aquello que no compartía. Luchó siempre por establecer un puente de unión entre la función de la literatura y el poder político, es decir, la literatura como un arma reivindicativa de un cambio en la sociedad norteamericana y en la actitud gubernamental. Ejemplos de sus ensayos políticos y de sus justificaciones ideológicas y de comportamiento son *Advertisements for Myself* (1959) y *The Presidential Papers* (1963) con John Fitzgerald Kennedy como trasfondo argumental.

No se accede a la ingeniería siguiendo las normas de la improvisación, primero hay que dominar y especular con el frío cálculo antes de innovar. Mailer nunca improvisó, todo lo que hizo en su vida fue a conciencia, incluida su técnica de escribir. Descubrió en Harvard la doble vertiente de la vida y del arte, la de los cálculos propios de un sistema social de control, y la de las acciones y reacciones humanas que provocan los compromisos y los cambios en el devenir de la sociedad y del arte. En esa medida aplicó a la literatura de ficción los esquemas de la realidad documental y el directismo y vitalidad propios del periodismo, innovando junto con Truman Capote el panorama y el rumbo de las letras norteamericanas exponiéndolas a una “nueva realidad” y a una “nueva ficción”, a la vez que transformaban el periodismo norteamericano introduciendo las reglas de la novela. Y cuando hablamos del “New Journalism” rápidamente pensamos en Norman Mailer y en Truman Capote. Pero Mailer es un innovador de la “nonfiction novel”, donde se mezclan la creación imaginativa y la fidelidad al hecho narrado, ahí resuenan los ecos artísticos de Hemingway, ser verídico como sinónimo de creíble y utilizar las vivencias y las experiencias propias o ajenas para conseguir el efecto deseado.

Después de la Segunda Guerra Mundial vivió su particular exilio voluntario en París con su primera esposa en 1947. En eso lamentablemente no fue nada original; otros muchos escritores norteamericanos antes que él habían conformado la Generación Perdida de expatriados voluntarios capitaneados por Gertrude Stein y habían grabado por entonces sus nombres con letras de oro en la literatura de su país. Mailer llega a un oasis parisino de segunda mano –como lo había hecho también de 1930 a 1939 otro provocador y rompedor de tabús sexuales llamado Henry Miller que pretendía también cambiar la sociedad de su país. Y lo hace también con ganas de sentir, de experimentar, de revivir vivencias ya leídas y masticar las entrañas de una Europa desgastada, pero que para él era engañosamente nueva y provocativa a la vez y que por aquél entonces seguía contrastando sobremano con la sociedad tradicional norteamericana todavía provinciana, puritana e hipócrita y muy proclive a escandalizarse. En esos derroteros sigue la senda de sus maestros y pretende encontrar lo imposible. Su paso por París, con más pena que gloria, fue tan insulso en lo cultural como el de William Faulkner en 1925, pues no logró entrar en contacto con ningún escritor relevante de la época. Mailer no sabía francés y su aprovechamiento se saldó con un curso de civilización francesa en la Sorbona.

Como Hemingway y tantos y tantos otros escritores canónicos del XIX y del XX, Mailer es adicto a la masculinidad. El y sus personajes se sienten siempre “more handsome than beautiful”, los hombres duros no bailan –*Tough Guys Don’t Dance* (1984)– y les horrorizan las crisis de masculinidad y esos nubarrones homosexuales que les perturban sacuden y alborotan sus conciencias. Según señala Mary Dearborn: “His neurotic sexuality led to an obsession with sexual violence and his writings as well as his alternative fear of and love for women”. Amor, muerte, sexo y violencia son aspectos vitales que marcaron indudablemente a toda una gran generación de escritores y a una época a la que no es ajeno Norman Mailer, ni su obra literaria. Su profusa heterosexualidad, se casó seis veces y tuvo ocho hijos, en una secuencia sentimental matrimonio-divorcio casi automática y compulsiva superó al propio Hemingway, con quien literaria y vitalmente mantiene por decisión propia numerosos aspectos obsesivos y estilísticos en común que no oculta. Por ejemplo, le apasionaba el boxeo, recordemos que Hemingway presumía de haber boxeado en algún momento de su vida y haber sufrido una lesión en un ojo. Esta temática alcanza muchos de los escritos de Mailer, como es el caso de *The Fight* (1975), una crónica brillante del combate del siglo, entre Foreman y Mohamed Alí, porque los hombres duros no bailan, pero sí boxean. Consabida es la fiebre de Hemingway por las corridas de toros y Mailer no pudo abstraerse tampoco a tal influencia y nos sorprendió en 1967 con *The Bullfight: a photographic narrative with text by Norman Mailer*. Algunos de sus relatos no pueden disimular una clara influencia Hemingwayana, caso de “The Time of her Time”, donde esa España de *Fiesta*, sexo, masculinidad y toros se transparenta en un maestro de toreros que tiene como primera meta enseñar el arte del toreo y como segunda y no menos importante para él, liberar sexualmente a todas las mujeres de su comunidad, a razón de tres o cuatro a la semana. Ese macho fanfarrón a la americana encuentra horma de su medida en una discípula de la que finalmente se enamora, pero quien le abandona cuando ha sacado de él todo su arte torero. Es otra “bitch heroine” otra “real killer” al uso de Dreiser en *Sister Carrie* o de Hemingway en “The Short Happy Life of Francis Macomber”, salvando las distancias escénicas. Antifeminista y calificado en su país “as one of America’s arch sexists”, él se defendía diciendo que “a man who hates women does not get married six times”. Pero ese argumento no era convincente, ni estaba fundamentado, porque su literatura decía otra cosa muy distinta y en *The Prisoner of Sex* (1971) arremete contra ciertos postulados y premisas del movimiento feminista.

Hollywood, la factoría, la meca del cine, fagocitó a tiempo parcial con su poderío económico a los mejores escritores de cada momento. Ese fue el caso de guionistas improvisados de la talla de Fitzgerald, Faulkner, Hemingway o el propio Mailer, entre otros, quienes dejaron buena muestra de su saber y sensibilidad literaria en adaptaciones y guiones cinematográficos.

Mailer no fue un escritor judío convencional, sus novelas no traslucen la típica neurosis de la literatura judía, ni victimismo alguno, ni profundas crisis personales de identidad o adaptación. Muy al contrario, estamos ante una novelística aguerrida y segura, comprometida, de reivindicación existencial y de denuncia, a la vez que utiliza el arte como contracultura. Todas las novelas de Mailer nos hablan directa o indirectamente de la sociedad norteamericana. Sin lugar a dudas fue uno de los escritores más prolíficos de la segunda mitad del siglo XX con más de treinta libros a sus espaldas entre novelas, ensayos o biografías como las de Marilyn Monroe, Pablo Picasso o Lee Harvey Oswald; practicó la “short story” con cierta brillantez estética y artística en ocasiones, aunque no con mucho acierto en general, fue en todo caso para él un campo de

experimentación literario donde poner a prueba los límites de la ficción, pues el mismo reconoce que como género le aburría un tanto e incluso cuestionaba su devenir literario. De entre todos sus relatos su preferido fue “The Man who Studied Yoga” con claras reminiscencias del “Bartleby” de Herman Melville. Con dos premios Pulitzer uno en 1969 por *Armies of the Night* –también National Book Award– y otro en 1979 por *The Executioner’s Song*, novelón con más de mil páginas –con reminiscencias de *In Cold Blood* (1966) de Truman Capote– sobre el proceso y ejecución del asesino convicto Gary Gilmore, que tuvo gran repercusión mediática y crítica y consagró la técnica de la “non-fiction novel”. En 1997 Mailer nos sorprendió con una novela singular, *The Gospel According to the Son*. No se puede obviar en Mailer un cierto aire de misticismo y una tendencia muy singular al cristianismo, para alguien que era judío, pues obras como *The Armies of the Night* no están exentas de referencias a las raíces cristianas de América y la necesidad de la vuelta al cristianismo, pero sin duda es en *The Gospel According to the Son* cuando salta la sorpresa y Mailer a sus setenta y cuatro años vive y redacta en primera persona las andanzas y las sensaciones humanas de Jesús de Nazaret con un estilo directo y una simplicidad narrativa que supera a los Evangelios originales. Si bien es cierto que el Jesús de Mailer refleja en algunos momentos los puntos de vista del propio autor, su audacia le lleva a redactar la única vida de Jesús escrita en primera persona con lo que esto supone de riesgo e identificación personal. En definitiva, una obra profundamente religiosa y profundamente humana que nos muestra a los lectores la otra cara de Mailer. Su obra literaria y su estilo reflejan e incorporan la evolución de la prosa literaria norteamericana del último siglo desde el realismo naturalista hasta el modernismo, o desde el experimentalismo al postmodernismo.

Preguntado por su amigo Lee Michael en una de sus últimas entrevistas sobre si le obsesionaba la muerte, Mailer respondió: “No. Surprisingly, not that much. I’ve thought about it all my life, so - I really feel death is the beginning of another existence. I believe in Karma. I believe we’re reborn”. No sabemos si Norman Mailer se habrá reencarnado o no; en todo caso, el creía en la reencarnación y de ser así a saber dónde estará y qué estará haciendo ahora.

## Referencias

- Bloom, Harold, (ed.) *Norman Mailer*. New York: Chelsea House, 1986.
- Dearbon, Mary. *Mailer: A Biography*. Boston: Houghton Mifflin, 1999.
- Lee, Michael, “The Devil in Norman Mailer”, *Literary Review*, Madison: Summer 2007, Vol. 50. Issue 4, pp: 202-217.
- Lennon, J.M. (ed.) *Conversations with Norman Mailer*. Jackson: University Press Mississippi, 1985.
- Manso, Peter. (ed.) *Mailer: His Life and His Times*. New York: Simon & Schuster, 1985.
- Rollyson, Carl. *The Lives of Norman Mailer: A Biography*. New York: Paragon House, 1991.